



# EL ROSTRO DEL PADRE

---

1ª Conferencia del VI EFCSM 2011

**D. Francisco José López Saez**

© 2011. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

## EL ROSTRO DEL PADRE

### Introducción. Sobre el contenido y el método de esta charla

Tengo que comenzar justificando el contenido del tema que voy a tratar y el modo como lo haré, por medio de diapositivas de la historia del arte.

En cuanto al contenido. Directamente el libro «Si no os hacéis como este niño» no habla del rostro del Padre, aunque este rostro está presente en cada página y en cada frase, porque el Hijo remite al Padre, vive en su seno, nos muestra al Padre. El camino para hablar del Padre no puede ser otro que el de seguir las perspectivas de las palabras y actitudes de Jesús en dirección a Dios Padre, leer en el Espíritu Santo la intimidad de Jesús como un libro abierto hacia el Padre y hacia nosotros, porque todo lo que el Niño que está en el seno del Padre hace, dice, sufre y significa, es siempre Palabra del Padre, palabra personal suya. Pero hablar así de Dios Padre supone tratar de todo lo que las conferencias de este día nos mostrarán. Por eso no entraré directamente en los contenidos del librito de Balthasar, sino que he elegido otro camino, el de contemplar el misterio del rostro del Padre sirviéndome de la reflexión del mismo Balthasar en otros lugares y de los autores que mayormente han contribuido a forjar esas líneas de Balthasar sobre la paternidad divina, que son Adrienne von Speyr y los filósofos Gustav Siewerth y Ferdinand Ulrich.

Sobre los autores a los que he hecho alusión: Adrienne dictó un pequeño librito que es una joya, y que estoy traduciendo al español: *El rostro del Padre*<sup>1</sup>. De aquí tomaré la intuición central. Siewerth, en su obra *El destino de la metafísica de Tomás a Heidegger*<sup>2</sup>, nos ayudará a comprender la época moderna (que ha dado paso a una época diversa y desconcertante, la nuestra) como una época de grandes opciones teológicas y filosóficas que han tenido sus consecuencias en el modo de comprender a Dios Padre y la paternidad en general. Mucho tomó Balthasar de su obra *Metafísica de la infancia*<sup>3</sup>. Ulrich, además de un librito precioso sobre la infancia en la filosofía, que se llama *El hombre como comienzo*<sup>4</sup>, tiene una gran obra de exégesis filosófica, donde saca el jugo (¡en más de 800 páginas!) de la parábola del Hijo pródigo, o de los dos hijos del Padre, *Don y perdón*<sup>5</sup>. Riquísimo en perspectivas es también su artículo *Dios nuestro Padre*<sup>6</sup>, publicado en la edición alemana de la revista *Communio* en 1975.

El basarme en estos autores está justificado porque el librito tan sencillo que hoy nos reúne es un testamento que contiene, en esa ingenuidad y audacia infantiles que son la esencia de la generosidad, toda la reflexión madura de Balthasar como en su núcleo. Aquí, pues, confluyen reflexiones y contemplaciones llevadas a cabo en conjunto, en confluencia, podríamos decir como un juego y verdadero intercambio entre niños: no es otra cosa el intercambio espiritual en la verdad, si el fondo de la verdad es el amor trinitario. Podemos considerar a todos estos autores como niños que juegan con el

---

<sup>1</sup> ADRIENNE VON SPEYR, *Das Angesicht des Vaters*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1955, <sup>2</sup>1981. Tr. ingl.: *The countenance of the Father*, Ignatius Press, San Francisco 1997. Cf. también: *Über die Liebe (Sobre el amor)*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1976.

<sup>2</sup> G. SIEWERTH, *Das Schicksal der Metaphysik von Thomas zu Heidegger*, Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg 2003.

<sup>3</sup> G. SIEWERTH, *Metaphysik der Kindheit*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1957.

<sup>4</sup> F. ULRICH, *Der Mensch als Anfang. Zur philosophischen Anthropologie der Kindheit*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1970.

<sup>5</sup> F. ULRICH, *Gabe und Vergebung. Ein Beitrag zur biblischen Ontologie (Schriften V)*, Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg 2006.

<sup>6</sup> F. ULRICH, *Gott unser Vater*, Int. Kath. Zeitschrift *Communio* 4. Jg. (1975) 29-38.

ser ante el rostro sonriente del Padre, origen y meta del juego de la verdad y del amor. Han ofrecido, como veremos, y precisamente desde el tema de la paternidad divina, un respiro y una esperanza para nuestra época, caracterizada por la muerte del Padre.

En cuanto a la forma de exponer el tema. Si nos preguntásemos: ¿qué es lo que más destaca en el rostro del Padre?, tendríamos que decir: el rostro del Padre es la belleza y la fuente de la belleza. Como veremos, una de las causas del empobrecimiento, incluso desaparición, de la belleza como un transcendental del ser en la filosofía, en la teología y en la vida modernas es la pérdida del sentido de la paternidad divina. Así pues, recuperar la belleza, sondear su misterio con ojos abiertos, como un niño, será, por tanto, el camino para volver a intuir lo que significa que Dios es Padre. Volver a ver la belleza con ojos simples, éste es todo un camino de evangelización en el momento presente.

Balthasar pretendía concluir la primera parte de su trilogía, Gloria, con dos volúmenes que no vieron la luz: uno sobre las perspectivas ecuménicas y otro sobre el arte cristiano. Tiene, sin embargo, muchas reflexiones sobre la función del arte en la expresión de la fe.

Podemos decir, por otra parte, que el arte es el más fino termómetro para medir, en cada época del espíritu humano, las dimensiones de la profundidad. Como la actividad artística requiere la hondura del espíritu humano y abarca a todo el hombre en su integridad, trabajo, materia y mentalidad, la obra de arte se convierte en un espejo indiscreto que revela lo que el mismo hombre no se atreve a confesar, muestra sus opciones y sus derrotas, pero también los elementos de esperanza, presentes en el fondo de la vida que el arte saca a la luz, y que él no puede o no quiere ver con su razón. El arte nos indica así, de modo casi inconsciente, aspectos de la profundidad de la vida humana, de ese insondable *homo abyssus*, como dice Ulrich<sup>7</sup>, que se encuentra sorprendido y asustado ante al abismo del Padre. En concreto, el arte nos puede decir cuál es la posición del hombre en cada momento ante Dios y ante el ser. Leeremos, pues, algunas imágenes de la historia del arte como síntomas del estado interior del hombre ante Dios, como búsquedas de una comprensión del rostro del Padre, o huellas del anhelo de ver al Padre, que no se han borrado nunca de este niño perdido que es hoy el hombre.

Lo que diré serán sólo pinceladas e intuiciones, que después las otras charlas desarrollarán: espero no pisarles el tema, sino sólo poner humildemente la tela y los colores para que ellos nos pinten el cuadro con más detalle.

## 1. La noche del Padre y el niño perdido

Quien dice hoy: el rostro del Padre, despierta sentimientos encontrados. Hoy predomina la cuestión y la rebeldía, por eso el rostro del Padre nos sugiere: el silencio de Dios, la ausencia de Dios, la lejanía de Dios. El Padre evoca la ausencia de respuesta ante la experiencia de realidades terribles que exigirían que Dios hablase: ¿por qué calla Dios ante el mal en demasía, por qué se envuelve el Padre en su silencio, por qué envía a su Hijo y a sus hijos a un abismo de sufrimiento y de muerte? Así, primeramente y por nuestra cultura, el Padre suscita experiencias negativas. Dice Ferdinand Ulrich:

«Nuestra confesión de fe (el Credo) comienza con la incomprendible, alegre y adorante exclamación de que el Dios infinito es el Padre, el Padre de todos los seres, nuestro Padre, el Padre del Hijo por excelencia. ¿Pero quién quiere y puede oír hoy esta exclamación? Las objeciones contra la paternidad de Dios no nos tocan en forma aislada, sino reunidas en un No de la época, cuyo mudo poder amenaza ahogar nuestra exclamación. Si el mismo Dios no ha

---

<sup>7</sup> Cf. F. ULRICH, *Homo Abyssus. Das Wagnis der Seinsfrage*, Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg <sup>2</sup>1998.

muerto, seguramente ha muerto el ideal de paternidad en nuestra sociedad sin padre. Desde los presupuestos conductores del mundo moderno se eleva la protesta contra la arrogancia de la paternidad y no se detiene ante las puertas de la Iglesia. Ella debe sufrir con la noche del Padre, pues su lugar de nacimiento está en el Abandonado por Dios en la cruz, en el Hijo “sin Padre”, el Hijo que en esa tiniebla cumple del todo en el mundo la voluntad *presente* del Padre»<sup>8</sup>.

Sobre este No de la época y el grito del hombre, la Carta Apostólica *Oriente lumen*, de Juan Pablo II, hace algunas afirmaciones que invitan a la reflexión:

n° 4: «A todas las Iglesias, tanto de Oriente como de Occidente, llega el grito de los hombres de hoy que quieren encontrar un sentido a su vida. Nosotros percibimos en ese grito la invocación de quien busca al Padre olvidado y perdido (cfr. *Lc* 15, 18-20; *Jn* 14, 8). Las mujeres y los hombres de hoy nos piden que les mostremos a Cristo, que conoce al Padre y nos lo ha revelado (cfr. *Jn* 8, 55; 14, 8-11). Dejándonos interpelar por las demandas del mundo, escuchándolas con humildad y ternura, con plena solidaridad hacia quien las hace, *estamos llamados a mostrar con palabras y gestos de hoy las inmensas riquezas que nuestras Iglesias conservan en los cofres de sus tradiciones*. Aprendemos del mismo Señor quien, a lo largo del camino, se detenía entre la gente, la escuchaba, se conmovía cuando los veía «como ovejas sin pastor» (*Mt* 9, 36; cfr. *Mc* 6, 34). De él debemos aprender esa mirada de amor con la que reconciliaba a los hombres con el Padre y consigo mismos, comunicándoles la única fuerza capaz de sanar al hombre entero».

n° 8: «A menudo nos sentimos hoy prisioneros del presente: es como si el hombre hubiera perdido la conciencia de que forma parte de una historia que lo precede y lo sigue. A esta dificultad para situarse ante el pasado y el futuro con espíritu de gratitud por los beneficios recibidos y por los que se esperan...»

«Debemos mostrar a los hombres la belleza de la memoria, la fuerza que nos viene del Espíritu y que nos convierte en testigos, porque *somos hijos de testigos*; hacerles gustar las cosas estupendas que el Espíritu ha esparcido en la historia; mostrar que es precisamente la Tradición la que las conserva, dando, por tanto, esperanza a los que, aun sin haber logrado que sus esfuerzos de bien tuvieran éxito, saben que otro los llevará a término; entonces el hombre se sentirá menos solo, menos encerrado en el rincón estrecho de su propia actividad individual».

Los cristianos, hoy en la noche, guardamos en nuestra invocación al Padre la esperanza del mundo, que es la esperanza del mismo Padre en la obra de su Hijo por el Espíritu. Desde toda la eternidad Dios espera en su Hijo, y en nosotros en Él, como una eterna y maravillosa sorpresa. La invocación del Padre abre el tiempo de la esperanza. Por eso, si nos paramos a escuchar hondamente lo que esta expresión significa, *el rostro del Padre*, y traspasamos de algún modo el silencio y la espesura cultural, se despierta también en el corazón un anhelo de infancia, un recuerdo de inocencia perdida, la experiencia de esa zona íntegra y salvada, santa, anterior a las decisiones conscientes, que Jesús reclama como condición para entrar en el Reino; se despierta la petición imposible de Moisés a su Dios: «déjame, por favor, ver tu Rostro» (*Ex* 33, 18), o las palabras del salmista: «oigo en mi corazón, buscad mi rostro, tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (*Sal* 26, 8-9). La fe sabe que el rostro de Dios se esconde («Es verdad, tú eres un Dios escondido», *Is* 45, 15), pero anhela ver, y en este ver

<sup>8</sup> F. ULRICH, *Gott unser Vater*, 29.

estaría incluida toda la felicidad de la infancia, y por tanto toda la madurez humana cobijada ante el rostro divino.

Pero hoy, una adultez inmadura y precipitada nos prohíbe volver a la infancia, casi diría que nos prohíbe desear lo imposible, ver *en todo* el rostro del Padre. La infancia está no sólo amenazada, sino prohibida, nos la prohibimos a nosotros mismos, y por eso nos refugiamos contra el deseo proclamando la muerte, el silencio, la ausencia y la lejanía del Padre. Pues bien, la reflexión y la oración de nuestros autores nos lleva a contemplar algo inaudito: la ruptura de la ley adulta que congela el deseo, y que es la esencia de la obra del Espíritu Santo en nosotros, la filiación divina, abierta de un modo sorprendente y paradójico. En efecto, es en ese mismo silencio, muerte, ausencia y lejanía, pero asumidas hasta el fondo por el Hijo-Niño en la experiencia de la Cruz y el abandono, como recobramos la visión del Padre y la inocencia infantil.

¿Cómo ha llegado esta infancia cristiana del hombre a estar amenazada y prohibida? Se impone sondear las razones de nuestra situación.

## 2. Las raíces del hombre apresuradamente adulto. El trauma de la modernidad

¿Qué significa radicalmente la ausencia del Padre en la modernidad?

No quiero ser demasiado técnico en la exposición de este tema tan complejo, sino referirme tan sólo a las grandes opciones de fondo que han determinado el destino de la historia moderna, y sus consecuencias.

Si miramos, con nuestros autores, al largo recorrido del pensamiento cristiano, podemos concebirlo como el encuentro-desencuentro entre dos luces que tienen ambas la característica de ser universales: la universalidad del ser, en torno a la cual gira la filosofía a partir de Grecia, donde el ser se despliega en sus trascendentales, el uno, la verdad, el bien y la belleza, y la universalidad del acontecimiento de la revelación bíblica, donde el ser, podemos decir, se concentra en la kénosis de Cristo en el punto delimitado de la Cruz y el abandono. De esta segunda universalidad habla la teología. Un verdadero momento de equilibrio y de apertura recíproca de ambas perspectivas, un momento de gracia, se cumplió en la filosofía de Santo Tomás de Aquino, y la clave de bóveda de toda su concepción es algo muy fino y difícil de captar: el ser como acto y la diferencia ontológica real entre el ser y la esencia, lo que algo es, su esencia, y el hecho de que es, su existencia. La diferencia significa que, fuera del ser de Dios, todo lo que es no se debe a sí mismo la existencia, porque todo ente fuera de Dios es un ente creado. Lo más íntimo de nuestro ser, que es el hecho mismo de existir, no nos lo debemos a nosotros mismos, sino que lo tenemos recibido. El ser, por tanto, como acto y hecho de ser, es un misterio vivo, un siempre-más ontológico o, con otras palabras, el ser es un don. Quizá la máxima altura a la que ha llegado nunca el pensamiento humano en general sea esta concepción de Santo Tomás del ser como donación. Siguiendo las pistas de esta intuición tomista, y desarrollando sus líneas a la luz de la revelación, Ulrich elabora una impresionante filosofía del ser: el ser no es nada entre Dios y la creatura, es puro don, mediación pura, que sigue un proceso de *exinanitio*, de *kénosis*, desde su fuente originaria, el ser trinitario, hasta las cosas reales. El ser es «*completum et simplex, sed non subsistens*», completo y simple, pero no subsistente. Halla su subsistencia sólo en las cosas reales, como imagen de la bondad divina. La humillación del ser en las cosas, su «movimiento hacia la finitud», hace que no podamos hipostatizarlo como una esencia junto a Dios y en competición con Dios. Tan importante es este movimiento del ser como el don desde el Padre hasta las cosas creadas que un pensamiento que obedezca al sentido necesario del ser, que es la bondad, descubrirá en esta humildad del ser la huella o el patrón que sigue el mismo Cristo en su encarnación y en su humillación.

Pero lo sorprendente es que, cuando esta altura del pensamiento fue alcanzada por Tomás, no tardó en ser abandonada por la misma teología. Santo Tomás, dice Siewerth, constituyó un episodio,

pero no abrió una nueva época en el pensamiento. ¿Por qué? De hecho, la filosofía moderna, incluso la que se inspira en Santo Tomás, sustituyó pronto esta perspectiva del don por una postura que está en la base del racionalismo y del idealismo que han caracterizado nada menos que cuatro siglos de filosofía y de teología. Lo más importante y radical en esta postura es que del ser como don, vislumbrado por Santo Tomás en su metafísica de la creación, se pasó al ser como concepto. Cambio de rumbo tremendo, lleno de consecuencias. Intentemos describirlo muy someramente, para después intentar “verlo” en algunas obras de arte.

El ser se conceptualiza al inicio de la filosofía moderna. Se logifica, se lo reduce a instrumento de la mente humana como un producto útil de su racionalidad para el dominio de las cosas. El ser como concepto acaba siendo, no la imagen de la bondad divina que se dona desde la plenitud de su amor, no la huella de esa plenitud que es al mismo tiempo riqueza (plenitud de la esencia divina) y pobreza (entrega del amor en las relaciones personales trinitarias), sino algo vacío. Llegará a ser un concepto vacío de la razón humana, el ser como el más vacío de los conceptos, capaz de aplicarse tanto a Dios como a las criaturas como incluso a lo que es meramente posible. En esta conceptualización del ser están ya todos los pasos del pensamiento moderno: la esencia ideal absolutizada en el idealismo, la existencia oscura y cerrada en sí misma, arrojada y abandonada, en el existencialismo; la mayor consecuencia de esta conceptualización del ser tiene mucho que ver con una adultez precipitada que pierde irremediamente la inocencia: se trata de la pérdida de la belleza como un transcendental del ser, con la consiguiente conversión de la verdad en razonamiento conceptual y de la bondad en una ley moral. Este predominio de la ley abstracta sobre la transcendentalidad del ser concreto equivale, efectivamente, a ese periodo en que el niño abandona la integridad de la infancia, o en que la infancia se enfría en la ley impersonal. El hombre moderno nace a una madurez acelerada, a una adultez precipitada, donde Dios Padre es enemigo. Y esto porque la concepción del ser como concepto supone al mismo tiempo, según Ulrich, la depotenciación de Dios Padre y la rebeldía del hombre contra un Dios que pretendidamente lo quiere ser todo, sin dejar espacio al ser de la criatura. Siewerth ve todo este proceso ejemplificado en la tragedia *El rey Lear*, de Shakespeare. Un padre impotente para reconocer el amor sincero, en la distancia y el respeto, de Cornelia, la hija menor, un padre que lo quiere ser todo en la vida de las hijas, se encuentra con la rebeldía de las hijas mayores, en un proceso que llevará tanto a la muerte del padre como a la de las hijas. Padres e hijos luchan por el mismo ser considerado como una esencia objeto de rapiña, y la existencia se agota y muere en la locura. El padre no es donación, y el hijo no es receptividad de todo su ser como facultación de su libertad en el don recibido. Si el ser está entre Dios y las cosas como una esencia hipostasiada, logificada, es que Dios es impotente para donar el ser hasta el final, hasta su muerte en la finitud, tanto en sí mismo (donde el Hijo no llega a ser él mismo en cuanto recibido, porque el Padre no es él mismo en cuanto donado, con lo cual se abre dentro de Dios mismo la contraposición del Padre y el Hijo en lucha por la esencia, como Jesús muestra en la parábola del hijo pródigo –una concepción arriana–), como en la creación, donde el hombre se contrapondrá a ese Dios-esencia no donada, para apropiársela en su concepto y mediarla en la dialéctica de la historia. Dios lo será todo directamente, sin la mediación pura del ser como don no subsistente. Y una teología que se queda sin el ser y su transcendentalidad carga a la filosofía de elementos pseudo-teológicos, o, lo que es lo mismo, la filosofía moderna seculariza las verdades teológicas construyendo con ellas una dialéctica de la historia, donde la contraposición entre un Padre impotente y un Hijo no radicalmente recibido de Él se convierte en la dialéctica y la lucha a muerte, tan presente en nuestro mundo, entre el amo y el esclavo, el hombre y la mujer, el niño y el adulto. Es el origen de toda ideología. Es la dialéctica del ateísmo contra un Dios comprendido como enemigo de la libertad y la emancipación. Y la causa está en la conceptualización del ser, o en la pérdida del sentido del ser como donación, y de la bondad paterna como posibilidad de ser en receptividad y agradecimiento de amor.

Así pues, la cultura que vivimos se sitúa en el final de este proceso en que han ido juntas la

pérdida de la paternidad de Dios, o su deontenciación, y la pérdida de la infancia del hombre. «Dado que el hombre, en su juicio, decide sobre el movimiento del ser hacia la finitud, que a partir de Dios *está* ya decidido, resulta que en su juicio el hombre no decide sólo sobre el ente, sino que también, y siempre, co-decide “sobre” Dios mismo. Allí donde el sentido necesario del ser resulta errado, allí es negado el carácter de don de lo creado, y con ello, finalmente, es deontenciado el Padre eterno, el cual, como *fontalis plenitudo*, es el origen de todo. Con su indicación sobre el Padre eterno, cuya bondad es en cierto modo el punto de Arquímedes del pensamiento cristiano del ser, muestra Ulrich agudamente cuán importante es la doctrina de la Trinidad para la filosofía»<sup>9</sup>. En la crisis del proceso moderno, dice Ulrich, «se trata en el fondo de una deontenciación del Deus Pater, que se manifestará en el interior de la diferencia ontológica como la caída del ser en la esencia. El destino de la metafísica moderna es posibilitado por esta “impotencia de la paternidad de Dios”»<sup>10</sup>. Nosotros podemos preguntarnos: ¿es la deontenciación de Dios Padre la consecuencia de la conceptualización del ser, o es esta reducción del ser a concepto la que resulta como consecuencia de la pérdida del sentido del Padre? Si es esto último, ¿cómo y por qué pierde el hombre moderno el sentido agradecido de la paternidad divina? ¿Qué tremendo sufrimiento le cierra en sí mismo, le saca de su infancia, haciéndole sentirse arrojado en una existencia oscura, y le arma como un rebelde, contra todo y contra todos, con los conceptos de la razón convertidos en instrumentos de dominio? ¿Qué experiencia le hace perder el suelo de la gratuidad, sin el cual no hay apertura posible a la belleza transcendental? Hemos de remontarnos, sin duda, a las terribles experiencias de la Europa del siglo XIV.

#### *Diapositivas*

- Hyeronimus Bosch, Jesucristo cargado con la Cruz
- Hyeronimus Bosch, El Jardín de las delicias
- Miguel Ángel, Capilla Sixtina
- Rafael, La disputa de la Eucaristía, Museos Vaticanos
- Andrea Pozzo, Fresco del techo, Iglesia de San Ignacio, Roma, 1685
- Rafael, La escuela de Atenas, Museos Vaticanos
- Caravaggio, La inspiración de San Mateo
- Caravaggio, San Mateo
- Caravaggio, La huida a Egipto
- Arnold Böcklin (1827-1901), pintor suizo. Autorretrato con el muerto, 1872.
- Munch, El grito

(Mostramos una selección de las imágenes más representativas)

<sup>9</sup> MARTIN BIELER, *Einleitung*, en FERDINAND ULRICH, *Homo abyssus. Das Wagnis der Seinsfrage*, Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg <sup>2</sup>1998, p. XXXII.

<sup>10</sup> F. ULRICH, *Ibid.*, p. 57.



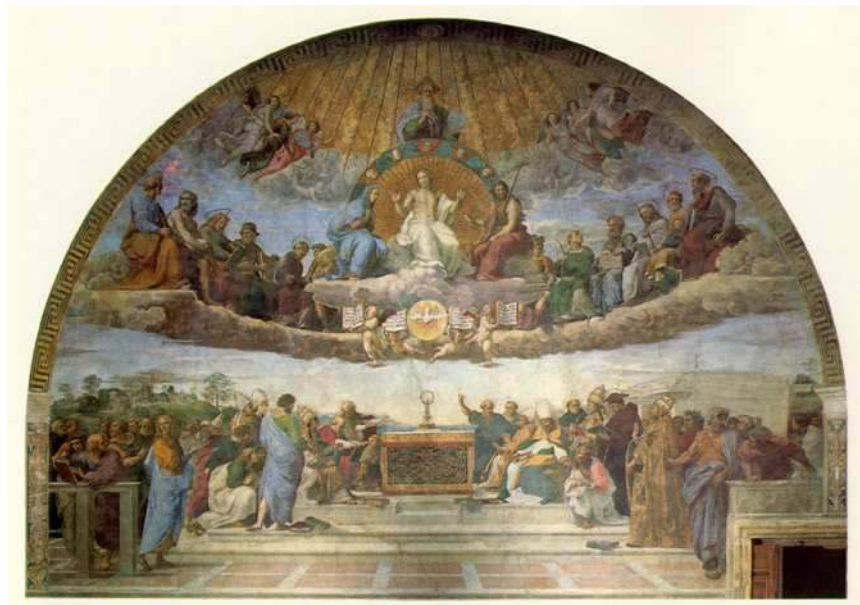


Hieronimus Bosch, Jesucristo cargado con la Cruz



Miguel Ángel, Capilla Sixtina

Rafael,  
La disputa de la Eucaristía,  
Museos Vaticanos



Andrea Pozzo, Fresco del techo, Iglesia de San Ignacio, Roma, 1685



Munch, El grito



Pasamos ahora a contemplar el misterio del rostro del Padre en la creación, en el Niño abandonado y en el Niño resucitado.

### 3. El rostro del Padre en la Trinidad y en la creación. Aquél a quien se refiere todo concepto, en quien todo concepto vive en la dinámica del amor eterno, del ser divino intercambiado

«A Dios nadie lo ha visto nunca. El Hijo Único, que está en el seno del Padre, Él nos lo ha dado a conocer (literalmente: Él nos ha hecho la exégesis)» (Jn 1, 18). ¿Cómo, pues, buscar el rostro del Padre en el rostro del Hijo? Por un procedimiento de espejo. Es algo claro: Si el Hijo-Niño es aquel cuyo ser es siempre recibirse, vivir su madurez en el seno del Padre como aquel que siempre procede de Él y le agradece su ser, entonces el Hijo-Niño nos devuelve el rostro del Padre como *aquel cuyo ser es siempre originar donándose*, la *plenitudo fontalis* (San Buenaventura), aquel que siempre tiene al Hijo en su seno precisamente en la distancia del dar vida y entregar completamente el propio ser divino, en unidad de pobreza y riqueza, vida y muerte, plenitud y sacrificio paterno.

El Rostro del Padre reflejado sobre Jesús-el Niño eterno: Padre sacrificial, la kénosis paterna.

«Intradivinamente, el Padre participa al Hijo toda la riqueza del ser infinito del Amor. Al engendrar al Hijo, el Padre se entrega Él mismo al Hijo, y esto porque el Hijo *recibe* todo del Padre mediante una absoluta obediencia. En esta obediencia del Hijo, obediencia que recibe y que agradece lo que es, toda alteridad respecto de Dios es recibida en obediencia y se abre hacia su origen: hecha libre al mismo tiempo en la recepción completa, en la perfecta pobreza, y en el señorío de libertad creadora y de su ilimitado ser propio. Pues el Hijo, cuyo alimento es la voluntad del Padre, reposa también en sí mismo como libertad absoluta, gracias a la recepción del don absoluto que es la naturaleza divina, que el Padre le regala. Su obediencia en el recibirse-a-sí mismo queda como la eterna manifestación de la absoluta autoridad, la cual “incrementa” infinitamente al que recibe y lo hace libre para su propio camino. La pobreza del Padre es su casta reserva ante el Hijo, la callada apertura, su esperanza en el Hijo, el cual se distingue de Él por una infinita diferencia dialógica. El Hijo en casa y uno con el Padre es ya, sin embargo, el Hijo como el Otro, el Hijo en el “extranjero”, por lo cual Éste, cuando se encontrará en este mundo extraño a Él, estará siempre también en casa. La producción trinitaria del Padre establece *en unidad* la igualdad esencial del Hijo con el Padre (por la que el Padre puede entregarle todo el juicio y el Hijo puede ser invocado como “Padre del Futuro”, como también el abad de la abadía benedictina representa la autoridad del Hijo) y la radical obediencia, la plena disponibilidad del Hijo para con el Padre. No existe, por tanto, ninguna distancia entre poder y obediencia, entre ser sí mismo y recibir de otro, como se presupone siempre en la moderna crítica del Padre»<sup>11</sup>.

ADRIENNE VON SPEYR, *Das Angesicht des Vaters*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1955, <sup>2</sup>1981, 7-9.

El Padre habita desde la eternidad en el ocultamiento; pero este ocultamiento no implica una interrupción en su paternidad; ésta se refleja como en un espejo en el Hijo y el Espíritu, que lo revelan en su ser Padre. Como él ejercita desde siempre su ser Padre, como siempre está engendrando al Hijo, y siempre /8/ hace proceder al Espíritu desde la unión de Padre e Hijo, es en estos actos donde se le

<sup>11</sup> F. ULRICH, *Gott unser Vater*

distingue en su paternidad, aquello que le revela como Padre con absoluta claridad. Si tuviéramos acceso a las procesiones divinas, veríamos también nosotros qué activo se muestra el Padre en ellas, hasta qué punto suponen un auténtico acontecer en la eternidad, no una mera existencia estática, algo que está meramente presente sin diferenciación, sino un proceso cuyo fundamento es el Padre (...).

Si nosotros, hombres, buscamos experimentar en la fe algo sobre el Padre, hemos de elegir al Hijo como camino; al Hijo que se ha hecho visible en la Nueva Alianza, al Hijo unido al Padre y al Espíritu en la Antigua Alianza, y también al Hijo que vive junto al Padre y el Espíritu en la eternidad antes de la creación. La creación del mundo no ha alterado el ser del Padre. Él nos ha dado a luz, revelándose al mismo tiempo a sí mismo ante nosotros. Pero él ya era desde toda la eternidad el mismo que llegó a ser para nosotros en el tiempo: el que otorga el ser, el Origen, que se revela a sí mismo en este don. Lo que él llegó a ser para nosotros en el tiempo, lo es para el Hijo eternamente. Si en él reside todo origen, entonces se manifiesta con claridad que nosotros no podemos percibir nada, creer nada, amar nada, no podemos emitir un juicio sobre cosa alguna, sin un movimiento de regreso hacia él. El Hijo nos ha enseñado la palabra de la oración: “¡Padre nuestro!”. Es su propia palabra, que revela su posición ante el Padre, que no remite sólo al Padre tal como hoy, en medio de /9/ la Nueva Alianza, nos es dado, sino a la realidad del Padre tal como él es desde la eternidad. De este modo, todos nuestros conceptos tienen que remontarse hasta él para recibir su pleno sentido. No sólo los conceptos de la fe o de la moral o de alguna esfera particular del conocimiento, sino que cualquiera de nuestros conceptos se refiere en último término al proto-concepto “Padre”, a Aquél que es expresado por el Hijo como eterna Palabra suya, y el Hijo está ahí para confesar con la totalidad de su ser eterno la idea y la realidad “Padre”.

Antes de que el mundo existiera, existía sólo el Padre con el Hijo y el Espíritu, en una unidad eternamente bienaventurada, que correspondía a su esencia y que contenía todas las relaciones con el Hijo y el Espíritu, adecuadas también a su esencia. Eran relaciones de amor; y este amor divino, eterno, no era perturbado por nada; todo pensamiento que este amor expresara aparecía desde toda la eternidad anclado en el Padre, no sólo encontraba en él un sentido, sino que este sentido significaba en cualquiera de sus aspectos plenitud y riqueza. Y todo: el cielo como lugar de Dios, la eternidad como duración de Dios, las relaciones recíprocas de las Personas divinas, todo vanía calibrado por la medida de Dios Padre. Toda suerte de infinitud estaba a su disposición, para que el amor de Dios no chocara nunca con una barrera. Todos los conceptos tenían dimensiones divinas. Dios los medía en sí mismo, en el Hijo y en el Espíritu. Y dejaba que sus pensamientos se probasen en la eternidad. Las barreras del mundo y del hombre, las limitaciones que pone su espíritu y su alma, todavía no existían. De modo que los conceptos se abrían y compenetraban el uno en el otro, complementándose mutuamente hasta el infinito, para poder ser dignos de la grandeza del Padre».

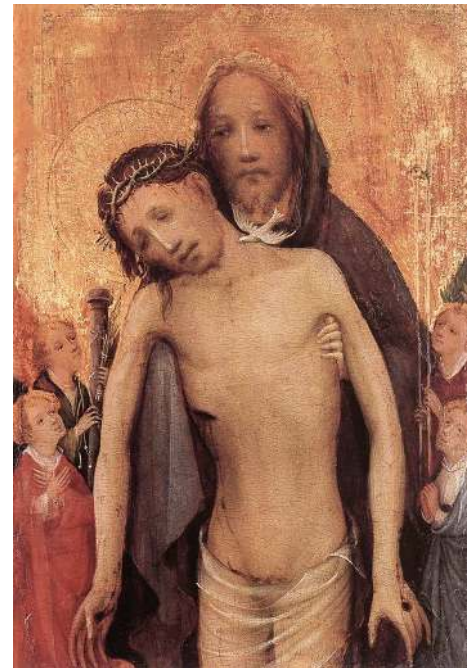
#### 4. El rostro del Padre en el Niño abandonado

##### *Diapositivas*

- Antonello da Messina, Crucifixión
- Andrea da Firenze, Crucifixión
- Grunewald, Crucifixión
- Rembrandt, Abandono de Cristo en la Cruz
- Holbein, Cristo muerto
- Lucas Cranach el Viejo, Trinidad
- Lucas Cranach el Viejo, Trinidad
- El Greco, Trinidad
- Zurbarán, Trinidad

- Rembrandt, El sacrificio de Isaac
- Marko Ivan Rupnik, El sacrificio de Abraham, Sala Capitulare de la Catedral de La Almudena, Madrid
- Maestro húngaro desconocido
- Maestro desconocido, Pietà
- Maestro desconocido, Pietà
- Bellini, Pietà
- Maestro alemán desconocido
- Maestro español desconocido
- Bellini, Pietà
- Bellini, Pietà
- Gerard David, La Virgen abrazando a Cristo muerto
- Maestro desconocido, Pietà
- Maestro laminista desconocido
- Jean Malouel, Pietà
- Icono ruso del descenso a los infiernos
- Descenso a los infiernos, Fresco de Chora, Tesalónica
- Max Beckmann, Cristo en el limbo, New York 1948
- Chagall, La crucifixión blanca
- Corinth, Crucifixión

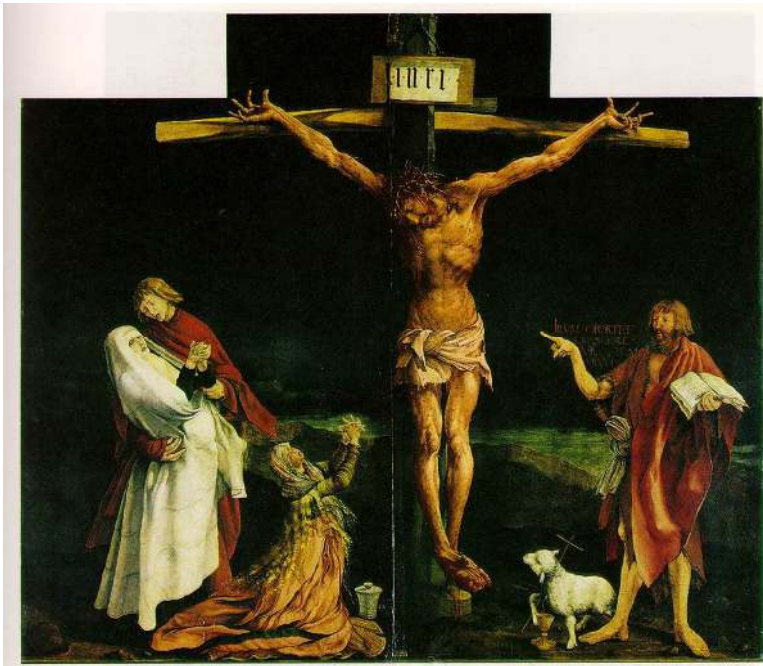
(Mostramos una selección de las imágenes más representativas)



Maestro desconocido, Pietà

Grunewald, Crucifixión

Maestro laminista desconocido

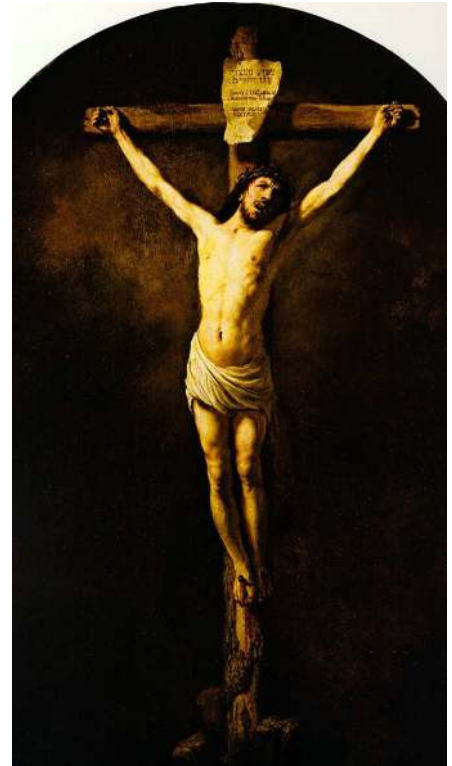




Descenso a los infiernos, Fresco de Chora, Tesalónica



Rembrandt, Abandono de Cristo en la Cruz



### *María-Iglesia-Dios Padre*

«Lo que Nietzsche busca en la figura del “superhombre” sin padre, y Marx en el “humanismo positivo” de los hermanos que han llegado a ser su propio padre, el cristiano lo cree, en medio de tantas deformaciones, como la pura finitud de la libertad liberada: el cristiano cree en la Iglesia. Existe una absoluta iniciativa de la libertad finita, como iniciativa del Padre. La *Dei Genitrix* es la presencia creada del Padre que engendra, lugar del comienzo incondicionado “sin origen” (paterno) del absoluto sí en el mundo. Ella lleva a cabo lo que el Padre hace, como libertad finita, como Madre del Hijo; el Hijo, sin embargo, no la pretende para sí contra el Padre, sino que es fecundo (en su donación total) porque obedece al Padre. Aquí se cumple el anhelo del *Homo-Natura* y queda absolutamente superado. Pero ella da a luz el inicio absoluto, conformada al Padre de quien es hija, mediante una concepción infinita. Ella da a luz la iniciativa del Padre en la forma del agradecimiento, de la eucaristía, que es su acto vital: como Madre, ella deja virginalmente libre su camino a Dios, deja que el sí incondicionado, que germina en ella para el mundo, disponga de sí ilimitadamente. Y en esto está la revelación de su fecundidad, su autoridad y el lugar del mundo en el que siempre de nuevo y sin desgaste es experimentada y vivida la paternidad a partir del Origen.



Porque no se atribuye la absoluta iniciativa del Padre, ella no absorbe la precedencia del Padre en su seno. Ella no quiere forzar el acto del Padre por sí misma. Esto es Iglesia. Sólo en ella podemos rezar, “Padre nuestro...”<sup>12</sup>.

#### *El hiato*

ADRIENNE VON SPEYR, *Über die Liebe*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1976, 50-53.

«/50/ Y así podemos, si alguna vez la imagen del Padre amenaza con desvanecerse para nuestros conceptos, amar al Padre, porque el amor del Hijo, que nos revela el amor del Padre, nunca se aparta de nosotros, sino que en su constante visibilidad es siempre camino hacia el Padre (...).

“Quien me ve a mí, ve al Padre”. Quien, por tanto /51/ ve la vida y la enseñanza del Hijo como lo que son, como la expresión del amor obediente del Hijo hacia el Padre, ve en ellas al Padre y puede amarle realmente. Con un amor que no está siempre hiriéndose al topar con sus límites, que no corre tras nuevas perspectivas porque lo dado le parece insuficiente y caduco, sino con un amor tal que es sencillamente amor, apertura, acercamiento, servicio, obediencia. Todo esto está presente en el Hijo hecho hombre como algo ya pleno, y precisamente para nosotros, para que podamos servirnos de esta plenitud. Y el Hijo se presenta ante al Padre como nuestro representante vicario (*Stellvertreter*), y así nos queda más que una única tarea: amar.

#### *Mediación hacia lo inaprehensible*

No debemos caer nunca en la tentación de aplicar la imagen del esposo y la esposa, que el alma que se consagra a Dios reivindica con gusto para expresar su amor hacia el Hijo, pero que posee su más profundo significado ante todo para la relación del Señor con su Iglesia, al amor del hombre hacia Dios Padre. Porque este amor conserva, por motivo de la invisibilidad del Padre mismo, un núcleo de irrepresentabilidad. Ciertamente, nosotros tenemos acceso al Padre por medio del Hijo; pero llegamos a Él solamente en el *Espíritu*. Y allí donde nosotros quisiéramos utilizar imágenes y conceptos de nuestro lenguaje, tenemos sin embargo, no por cansancio, sino simplemente llamados al orden, que aprender nuevamente a callar. Dado que no vemos, no podemos tampoco describir, y somos conscientes con tanta claridad de este no poder ver, más aún, de este no tener derecho a ver, que hemos de asumirlo como un todo en nuestro amor. /52/ Como un todo, y no como si fuera sólo una parte que pudiera aparecer como un determinado impedimento, una parte que marcaría una frontera, quizás indesplazable. Propiamente es lo contrario de una delimitación; es lo irrepresentable, porque es demasiado grande y porque nosotros, como creyentes y amantes, vivimos y amamos de algún modo *en su interior*, como en una atmósfera necesaria. Sin aire no podemos respirar, sin el amor del Padre no llegamos a nuestra propia destinación. El hecho de que esta destinación sobrepase nuestros propios límites y por eso permanezca bastante más alta de lo que nosotros nos podíamos pensar, es un hecho condicionado por el amor del Padre hacia nosotros: es en nosotros la imagen especular del modo como Él nos regala su amor.

Nosotros nos hacemos la idea del Padre y el Hijo en su eterno intercambio de amor como una relación bipolar: dos personas en un ir respectivo de la una a la otra, pero caracterizado por el hecho de que son Personas divinas y por tanto de una sola esencia. Sin embargo, conservan ambas sus propiedades personales diferentes, y si Dios el Hijo se hace hombre, aquellas propiedades personales suyas se hacen también de algún modo reconocibles y expresables. Nosotros llegamos hasta un punto determinado y nos consolamos después con el siempre-más, que redondea la imagen que nos hacemos porque no se extiende hacia lo vago, sino hacia lo divino, lo inalcanzable. El Padre mismo no se ha hecho hombre,

<sup>12</sup> F. ULRICH, *Gott unser Vater*

por eso no es directamente aprehensible para nuestro pensamiento objetivador y para nuestra capacidad de descripción. Pero algo de la bipolaridad divina es captable en el Hijo, en la medida en que el Hijo es ahora precisamente la Palabra del Padre; las palabras que el Hijo nos dirige para explicar al Padre son esencialmente la Palabra que el Padre dirige hacia nosotros para explicársenos a sí mismo como Padre, es decir, /53/ en su amor hacia el Hijo. Esta Palabra podemos no sólo reproducirla con nuestros labios, y en esta repetición ser conscientes del sentido que el Hijo ha introducido en ella; podemos también seguirla, y con ello entramos en la relación, que se ha hecho visible, del Hijo con el Padre. En ambos casos podemos captar algo del amor del Padre, sin por ello llegar a agotarlo. Amamos entonces –en la polaridad del Hijo hacia el Padre–, al mismo tiempo en dirección hacia lo infinito, a fondo perdido. Dejamos que nuestro amor sea recogido por el Hijo, de este modo Él hace a partir de este amor algo que puede ser lanzado hacia lo ilimitado y que, invisible para nosotros, encuentra al Padre que no conoce límites. Es casi como un juego de pelota: el Hijo recoge el amor que le hemos lanzado y Él lo lanza a su vez, de tal modo que acierta y alcanza su objetivo y se convierte así en una parte del juego divino del amor entre el Padre y el Hijo. El modo como será utilizado allí permanece para nosotros tan escondido como el Padre mismo».

## **5. El rostro del Padre en el Niño resucitado. El nuevo nombre de Dios: Padre que resucita**

*El “nuevo nombre de Dios”*

1Tes 1,10; 1Cor 6,14; 15,15; Gal 1,1; Rom 4,24; 8,11; 10,9; 2Cor 4,14; Col 2,12; Ef 1,20; 1Pe 1,21

1Tes 1,10: «y esperar así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la Cólera venidera».

1Cor 6,14: «Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder».

1Cor 15,15: «Y somos convictos de falsos testigos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es que los muertos no resucitan».

2Cor 4,14: «sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él juntamente con vosotros».

Gal 1,1: «Pablo, apóstol, no de parte de los hombres ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y Dios Padre, que le resucitó de entre los muertos».

Rom 1,3-4: «acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro».

Rom 4,17: «como dice la Escritura: Te he constituido padre de muchas naciones: padre nuestro delante de Aquel a quien creyó, de Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean».

Rom 4,24-25: «a quienes ha de ser imputada la fe, a nosotros que creemos en Aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados, y fue resucitado para nuestra justificación».

Rom 6,4: «Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva».

Rom 8,11: «Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros,

Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros».

Rom 10,9: «Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo».

Ef 1,19-20: «y cuál la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos».

Col 2,12: «Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que le resucitó de entre los muertos».

1Pe 1,21: «los que por medio de él creéis en Dios, que le ha resucitado de entre los muertos y le ha dado la gloria, de modo que vuestra fe y vuestra esperanza estén en Dios».

El nuevo nombre de Dios es Resurrección. Su significado:

- inocencia
- simplicidad del fundamento último de la gratuidad
- amor puro en un mundo roto

La seriedad de la muerte es la seriedad del amor. Por eso, van juntas en el Niño-Hijo la muerte y la resurrección. La resurrección es la sonrisa del resucitado, el juego de la gracia que sorprende conservando la seriedad de la entrega significada en la muerte. Y, al sorprender introduciendo toda la vida del Niño-Hijo humano en la eternidad divina, consolida para nosotros la confianza en el rostro del Padre. El Padre es resurrección, el Padre es el último fundamento y el último final, la escatología divina.

«La respuesta del Hijo a la autoridad del Padre es, por ello, sencillamente ésta: recepción de sí mismo como ser Sí mismo. Más exactamente: sí al haber recibido, como sí al poder de “dar su vida y recuperarla de nuevo en sí”, lo cual significa resucitar de entre los muertos e igualmente dejar que ocurra en sí mismo lo que el Padre quiere. Siendo el Hijo engendrado en perfecta igualdad divina por la *auctoritas* del Padre, recibe Él la libertad incondicionada de irrumpir desde la muerte a la vida, libertad de “multiplicarse” Él mismo infinitamente y con autoridad, como su Eucaristía lo demuestra. La fecundidad del Padre es su fecundidad filial»<sup>13</sup>.

#### *La Majestad en el ocultamiento*

Presencia en la ausencia

Palabra en el silencio

Omnipotencia de la entrega del amor

«No es la muerte del Padre la que hace libres a los hijos, sino la obediencia al Padre en la pobreza del Hijo unigénito, que es nuestra libertad absoluta. No es el simple retirarse del Padre (la “falta” de Dios) la que da espacio al engendrado para su desarrollo, sino que la presencia, oculta, escondida y pobre del Padre es el elemento vital de la glorificación del Hijo y de nuestro poder en Él. Aquí se deben distinguir claramente dos cosas:

a) La ausencia del Padre en el sentido de un “retirarse”, como si Él debiera quedarse fuera para que el otro tenga la posibilidad de existir. Esto sería una impotencia del Padre,

---

<sup>13</sup> F. ULRICH, *Gott unser Vater*

porque Él reprimiría al Hijo con su presencia, sería una falta de fuerza de la verdad, que se tendría que ocultar para que otra cosa pudiera manifestarse.

**b)** El ocultamiento como forma de presencia, como forma de la riqueza expropiada como pobreza. El silencio paterno como actividad, como anuncio, como casto ocultarse, que dona el espacio existente, que “cede” y deja libre a otro el lugar de su poder-ser [Nota 13: Este es también el sentido del hebreo *bara'* (crear). Creación: un presente estar-oculto y así dejar-ser: producir mediante una pobreza creadora, engendrar y testificar como servicio]. Cuando hoy se lamenta la depotenciación del padre, no debería olvidarse, sin embargo, la oportunidad que se ofrece aquí a los padres - lo positivo escondido en lo negativo: el señorío por medio del servicio: en el presente»<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> F. ULRICH, *Gott unser Vater*